

APUNTES PARA UNA INTERPRETACIÓN DE LA GLEBA DE RAMÓN JULIÁ MARÍN

En su libro *La guerra después de la guerra*¹ el historiador Fernando Picó señala que el año de la invasión norteamericana en Puerto Rico estuvo teñido de fuertes conflictos sociales que se derivaron de la situación económica de la Isla durante la segunda mitad del siglo XIX. Las visiones ingenuas o parceladas de la realidad puertorriqueña sobre el periodo que antecede a la llegada de los americanos y que critica Picó, han nublado el entendimiento de nuestra historia así como la interpretación de sus manifestaciones culturales y literarias, particularmente la de la novela. Estas visiones se dividen fundamentalmente en dos: la que presenta un pasado idílico en el que Puerto Rico constituía una gran familia y aquella que, por el contrario, se basa en un cuadro desolador de la vida cívica, cultural y política del país ante el que la llegada de los norteamericanos era necesaria.

Para poder justipreciar la novelística puertorriqueña de fines de siglo y comienzos del veinte debemos contrastar las economías de ambas épocas y cómo éstas inciden en la creación de valores y símbolos artísticos. En el siglo XIX las haciendas de café ocuparon un gran espacio en la economía insular. El éxito de este producto en el exterior y la maquinaria sencilla unida a “la mano de obra abundante y barata”² contribuyeron al florecimiento de los centros cafetaleros a la vez que articularon una serie de actividades en la periferia de la zona de las cosechas. También se cultivaba la caña, aunque en menor cuantía, junto a frutos menores y otros cultivos de subsistencia. La situación de los campesinos, sin embargo, era precaria. No siempre se tenía trabajo todo el año, las huelgas estaban prohibidas y los campesinos se tomaban el riesgo de ser expulsados de sus viviendas ubicadas en la finca del hacendado a quien servían. Las tensiones sociales no sólo se producían como respuesta del campesinado ante su pobreza sino por los pequeños agricultores que tenían que endeudarse con los hacendados para poder subsistir.

Este panorama se altera con la llegada en 1898 de los norteamericanos. Los cambios que este hecho suscita son profundos. Nos dice Ángel Quintero Rivera que

En menos de diez años la economía señorial dominada por las haciendas cafetaleras se había transformado en una economía capitalista de plantaciones azucareras.

¹ Fernando Picó, *La guerra después de la guerra*, Río Piedras, Puerto Rico, Ediciones Huracán; p. 11.

² *Ibíd.*; p. 12.

Muchos hacendados y agricultores de mediana y pequeña tenencia perdieron su tierra a manos de las corporaciones del azúcar y hacia 1910 tres grandes compañías azucareras norteamericanas controlaban más de la mitad del total de la tierra dedicada al cultivo de la caña.³

La situación generada por el auge de la economía cañera, en conjunto con la imposición de un régimen militar y de una enseñanza orientada a la asimilación de la cultura norteamericana, provoca grandes transformaciones sociales que se han de plasmar en la literatura, muy especialmente en la novela naturalista de Manuel Zeno Gandía y de Ramón Juliá Marín. A fines del siglo XIX y comienzos del XX, señala Fernando Alegría al referirse a la novela hispanoamericana: "abundan en Hispanoamérica las denuncias sentimentales, densas de documentación concreta, pletóricas de fe positivista, dirigidas a exponer y corregir los males de la sociedad burguesa".⁴ A ese espíritu de denuncia y documentación responde la producción novelística puertorriqueña de fin de siglo al igual que en el resto de Hispanoamérica. Ya en el siglo XIX la prosa de corte realista de Francisco del Valle Atilés, Salvador Brau y Matías González García había abierto camino a la denuncia social, muy especialmente este último quien abordó el tema de la hacienda cañera y las injusticias con los pequeños terratenientes en su obra *La primera cría* (1892) y quien escribe, según doña Josefina Rivera de Álvarez, la primera novela puertorriqueña de tono naturalista.⁵ También se produce en estos años el cultivo del jibarismo literario⁶ en una literatura que recoge lo popular y diversos aspectos de la vida campesina, como en el caso de la producción de interés sociológico de Salvador Brau y Francisco del Valle Atilés, y literaria, como en la obra de Ramón Méndez Quiñones y Pablo Morales Cabrera. La copla y la décima que éstos emplean son manifestaciones artísticas que pertenecen al mundo de los campesinos y el sólo hecho de seleccionar las mismas es privilegiarlas y enaltecerlas como formas estéticas que son a su vez expresión de lo criollo, entendiéndose por ello las formas de vida y costumbres de la ruralía de tierra adentro en la que prevalecía el cultivo del café.

Como parte de esa literatura testimonial que también incorpora formas poéticas populares, se publica en 1912 la novela *La gleba* de Ramón Juliá Marín y un año antes la novela *Tierra adentro* del mismo autor. "Descendiente espiritual

³ "Clases sociales e identidad nacional: notas sobre el desarrollo nacional puertorriqueño". En: Puerto Rico: identidad nacional y clases sociales, Ángel Quintero Rivera, José Luis González, Ricardo Campos, Juan Flores. Río Piedras, Puerto Rico, Editorial Huracán; p. 23.

⁴ Fernando Alegría, *Historia de la novela hispanoamericana*, México, Ediciones Andrea, 1966; p. 87.

⁵ Josefina Rivera de Álvarez, *Literatura puertorriqueña. Su proceso en el tiempo*. Madrid, Ediciones Partenón, 1983; p. 239.

⁶ José Juan Beauchamp, *Imagen del puertorriqueño en la novela. Su proceso en el tiempo*, Río Piedras, Puerto Rico, Universidad de Puerto Rico, 1977; p. 29. Señala Beauchamp, apoyándose en Enrique Laguerre, la existencia de dos ciclos de tema jíbaro en los que prevalece el afán pintoresquista aunque esté presente la mirada sociológica de Salvador Brau. De este pintoresquismo se aparta Zeno Gandía.

directo de Manuel Zeno Gandía”⁷ como le llama Francisco Manrique Cabrera, Juliá Marín presenta en sus novelas las preocupaciones positivistas junto a las corrientes estéticas realistas y naturalistas, tanto españolas como francesas, que habían prevalecido en la novelística hispanoamericana. El naturalismo fue un instrumento práctico para captar parte de la realidad social y económica del Puerto Rico de fin del siglo XIX y comienzos del XX. La creencia de los naturalistas en el fin utilitario de la novela se plasma en *La gleba* por medio de la recreación de las luchas sociales entre los hacendados de café y las haciendas de caña que desarrollaron el latifundio y la economía del monocultivo durante la implantación del régimen norteamericano. La acción de la obra transcurre en Utuado, importante zona cafetalera y pueblo natal del periodista que fue Juliá Marín, el cual sufre la imposición de la cosecha de caña en territorios dedicados mayormente al cultivo de café y, por consiguiente, la modernización del pueblo y sus alrededores mediante la construcción de carreteras y otras facilidades necesarias para el éxito de la industria cañera. Todo esto conlleva la reorganización de los centros de vivienda y la creación de zonas socioeconómicamente marginadas que son las que van a constituir la gleba. En ella se muestran los males que acarrea el nuevo sistema económico: la pobreza, la prostitución, la violencia doméstica, el alcoholismo y la degeneración de las relaciones humanas, más la corrupción política y el “entreguismo” de varios líderes políticos y sindicales. Sobresalen significativamente las páginas dedicadas a presentar la situación de la mujer, tópico naturalista, a la que muestra sometida de forma determinista a las presiones sociales que le arrastran a diversos vicios y a la promiscuidad. Como buen periodista Juliá examina detenidamente los aspectos sociales y económicos que inciden en el surgimiento y sostenimiento de las condiciones paupérrimas a que se ve sometida una parte de la población de tierra adentro. Continúa en este aspecto la tradición novelística hispanoamericana que entremezcla ficción y periodismo, y que es, según Aníbal González, tendencia ésta que la novela ha trabajado “in consonance with the modernizing impulse fostered by journalism often making strategic use of elements of journalistic discourse to serve an agenda of social or political change”.⁸ Ya en el prólogo de *La gleba* Juliá plantea que sus dos libros “señalan males que pesan sobre toda una sociedad y que pueden ser transmitidos de una generación a otra, porque son como una enfermedad del pueblo y no de un número determinado de individuos”. Escribe esta novela con prisa, comenta, acuciado por su afán de denuncia social y para que ella no perdiera vigencia: “capítulos enteros, escritos a vuela pluma, para que el libro no perdiera su actualidad, que hubiera sido como perder su exclusivo mérito”. Tenía Juliá Marín plena conciencia del carácter de “letras de emergencia” de su obra.

⁷ *Historia de la literatura puertorriqueña*, Río Piedras, Puerto Rico, Editorial Cultural, 1969; p. 203.

⁸ Aníbal González, *Journalism and the Development of Spanish American Narrative*, Estados Unidos, Cambridge University Press, 1993; p. 19.

A pesar de que nuestros historiadores de la literatura —Josefina Rivera de Álvarez, Manrique Cabrera, Julia Guzmán⁹, José Juan Beauchamp— no consideran que esta novela tiene los mismos logros estéticos que *La charca* de Zeno Gandía, es ésta un importante documento para conocer lo que Silvia Álvarez llama la “cotidianidad” después de la invasión. Si la cotidianidad se configura para el abuelo paterno del escritor Edgardo Rodríguez Juliá, un mulato maestro de obras, desde un “lugar simbólico y de cara al porvenir”,¹⁰ es decir, positivamente, ésta se construye para los personajes de Juliá Marín desde la amargura por la pérdida de la hegemonía económica de los hacendados del café y la incertidumbre, la miseria y la explotación del campesino y de la clase obrera de parte de las centrales cañeras. No es banal la aseveración del novelista Enrique Laguerre al señalar que “quien quiera conocer, fuera de las páginas de la historia, los movimientos —flujos y reflujos— de nuestra vida insular desde 1898 a 1907, hallará magníficas impresiones en *Tierra adentro* y *La gleba*”.¹¹

La novela *La gleba* se inicia precisamente con el regreso de Roque tras su emigración a Hawaii en busca de mejores condiciones y oportunidades de trabajo. En ese primer relato de Roque pinta Juliá un emotivo cuadro de las condiciones atropellantes a que se vieron sometidos los miles de puertorriqueños que viajaron a Hawaii de 1899 a 1901 debido a la crisis de los municipios cafetaleros¹² y que representa por medio de su personaje. Roque encarna al campesino explotado, “hijo de la miseria” a quien el trabajo ha marcado físicamente:

Era de regular estatura. Sus anchas espaldas, descarnadas, mostraban una leve corcoba que no habían laborado los años sino el trabajo y la miseria. Tal deformidad era característica del trabajador de la azada. Tenía el rostro de un pálido enfermizo de cera, y algo tostada la piel...¹³

Es este trabajador joven, cuenta sólo veinticinco años, quien atraviesa por estas peripecias durante el viaje a Hawaii:

Primero, la agonía en el vientre de acero de los buques lóbregos, hediondos, donde la nostalgia de la tierra natal, el sopor del mareo, las dudas acerca del porvenir, la mala alimentación, la dureza del lecho y el maltrato de los empleados de la empresa naviera les hacía desear un naufragio que pusiera fin a tanta desventura. Luego la

⁹ “Realismo y naturalismo en Puerto Rico”. En: *21 conferencias sobre literatura puertorriqueña*, San Juan, Puerto Rico, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1972. La autora no menciona a Juliá Marín como autor naturalista. Sí aparece incluido en el estudio de Carmen Gómez Tejera, *La novela en Puerto Rico. Apuntes para su historia*, Río Piedras, Puerto Rico, Universidad de Puerto Rico, 1947.

¹⁰ Silvia Álvarez Curvelo, “La batalla de los signos: 1898 y la vida cotidiana”. *Diálogo*, Universidad de Puerto Rico, mayo 1977; p. 24.

¹¹ Enrique Laguerre, “Un novelista olvidado: Ramón Juliá Marín”. *Isla*, San Juan, Puerto Rico; 1940, II, núm. 5; pp. 11-12.

¹² Francisco Scarano, *Puerto Rico. Cinco siglos de historia*, México, McGraw-Hill; p. 615.

¹³ Ramón Juliá Marín, *La gleba*, San Juan, Puerto Rico, Real Hermanos, 1912; p. 3.

marcha precipitada en el ferrocarril de San Francisco y el desembarco en Honolulu, de cuyo puerto eran conducidos como esclavos al campo de labranza, mandados por capataces cuyo idioma desconocían; la comida rancia, una especie de zambumbia en la cual no faltaba el arroz japonés de clase ínfima, casi hecho polvo; los ranchos de dormir, húmedos y destartados, en los que se pernoctaba sin separación de sexos...¹⁴

En un vívido relato de factura naturalista Juliá hace estremecer al lector con la descripción de un viaje que no había sido estudiado por la historiografía puertorriqueña sino hasta fecha muy reciente.¹⁵ Con crudeza narra pormenores de la terrible travesía:

...los boxeadores chinos y japoneses atropellando a los más débiles por el motivo más fútil; el odio de todos los aventureros de los demás países, carne de presidio que se había amontonado allí para la rapiña, sin haberlo provocado; las mujeres ultrajadas durante la noche, casi en presencia de sus maridos, sus padres y sus hermanos; el monstruo de la pederastia, cebándose en la carne joven, sometida por el temor de infelices zagaletos que enfermaban de vergüenza al recordar el humillante ultraje del infame placer, sin atreverse a levantar los ojos frente a los lascivos que celebraban con chistes y sonrisas su canallesco triunfo.

Desde el inicio de la novela su autor pone de manifiesto la situación política de Puerto Rico al señalar que la condición de los emigrantes se agravaba con ésta ya que no tenían “un consulado a que acogerse para hacer prevalecer sus derechos, puesto que su condición de pueblo cedido como indemnización de guerra no les daba acceso a la ciudadanía española ni a la americana”.¹⁶ El interés de Juliá Marín por los trabajadores proviene de su propia experiencia en la fábrica de tabaco de su padre. Es en este escenario de trabajo, las fábricas de tabaco, donde se acelera el proceso de proletarización de los pueblos y donde crece la conciencia obrera, según señalan Ángel Quintero y Lidia Milagros González en *La otra cara de la historia*. Era en los talleres de tabaco donde los despalilladores y torcedores escuchaban al lector que les leía “las obras de Dumas, Hugo, Palacio Valdés o Pérez Galdós, y quizás también la literatura socialista del momento”.¹⁷ La riqueza intelectual de estos trabajadores era mayor que la de los obreros de la caña y su ambiente, el cual conoció Juliá con profundidad, más liberal. De aquí que inserte largos párrafos en los que discute los jornales de los obreros, los términos de su contratación y se detenga minuciosamente en su situación de trabajo, por lo que Cesáreo Rosa Nieves le

¹⁴ *Ibíd.*; p. 8.

¹⁵ La literatura de principios de siglos puede ofrecer datos sobre hechos históricos que ameritan estudiarse con mayor profundidad. Sería interesante corroborar la veracidad del recuento del viaje de Hawaii que pone Juliá Marín en boca de uno de sus personajes. Debe recordarse que el autor ejerció el oficio de periodista y que, además, conoció muy de cerca el mundo de los trabajadores.

¹⁶ *Ibíd.*; pp. 5-6.

¹⁷ Fernando Picó, *Los gallos peleados*, Río Piedras, Puerto Rico, Editorial Huracán, 1983; p. 22.

designa "precursor de los temas proletarios en la novelística de Puerto Rico".¹⁸ A lo largo de toda la novela el autor seguirá presentando la dureza de la vida de los obreros, tanto en la hacienda cañera como en su lugar de vivienda. Resulta de interés el hecho de que *La charca* también expone las condiciones del trabajador, pero es éste el del ámbito cafetalero, mientras en *La gleba* se muestran las adversas condiciones del trabajador de la caña, mas no en la zona costera, y se discute su situación económica y laboral de forma mucho más pormenorizada que en esta obra de Zeno Gandía. Juliá declara que es el estado de incertidumbre al que se ve sometido el pueblo de Puerto Rico el que empeora la reglamentación del trabajo permitiendo "el maltrato, la usurpación de los jornales, el hambre y mil calamidades más".¹⁹

A pesar de que Juliá Marín no descendía de hacendados cafetaleros, éste se solidariza con ellos por medio del personaje de Matos Feliciano quien se había ido a la ruina ante el nuevo orden económico. Matos Feliciano es en esta obra lo que Juan del Salto en *La charca*, el personaje mediante el cual el autor expone su tesis social y sus cavilaciones en torno al estado socioeconómico del país. Matos pertenece a la burguesía criolla que se gesta en el siglo XIX y que pierde su hegemonía a principios del siglo XX ante los "trusts" americanos de que habla Juliá, situación que diferencia a Puerto Rico del resto de los países hispanoamericanos. Estos "trusts" son los que practican el latifundismo y el ausentismo. Así lo expone el autor en diversas ocasiones:

La explotación de la caña de azúcar se había iniciado con un furor que hacía temer la carestía de los frutos más indispensables para el sustento de las familias pobres. El nuevo cultivo lo absorvía todo: brazos y tierras, y era necesario importar hasta las habichuelas. El ganado de matanza llega a tomar un precio lujoso, porque hasta los criaderos extendió uno de sus tentáculos poderosos la absorbente Central. La Compañía funcionaba satisfecha, porque el capital se duplicaba cada año como por encanto.²⁰

A través de Matos, Juliá Marín presenta minuciosamente la terrible violación que significaba para la burguesía criolla, y en realidad también para obreros y campesinos, la implantación de la industria cañera en la rica comarca cafetalera que había sido la zona de Utuado. Ésta no sólo representa el desplazamiento de una clase hegemónica por otra sino la formación de un cordón de pobreza en el que prevalecían los vicios, las enfermedades, la prostitución, la violencia doméstica y la ignorancia, males que el autor ejemplifica por medio de personajes como Leona, el Chenche, Escolástica Mediavilla, Luis, Flor de María y Roque. Desde la perspectiva de Matos, ex-hacendado cafetalero a quien puede clasificarse como paradigma de "la generación del tránsito y del

¹⁸ *El Mundo*, San Juan, Puerto Rico, 21 de abril de 1962.

¹⁹ Ramón Juliá Marín, *op. cit.*; p.5.

²⁰ *Ibíd.*; p. 28.

trauma”,²¹ frase de Francisco Manrique Cabrera para clasificar a los escritores de las dos últimas décadas del siglo XIX que se enfrentan a la invasión, entre ellos Salvador Brau, Manuel Fernández Juncos, Zeno Gandía y el propio Juliá Marín, la central adquiere caracteres malsanos, engendradores de corrupción y de destrucción como lo afirma en estas palabras:

El terrible pulpo de la central lo absorbería todo: ganancias y capitales: porque en virtud de los contratos, los colonos habían pasado a ser unos simples arrendatarios. Cuando se conociera lo fabuloso de los dividendos se caería en cuenta de que aquello era una explotación abusiva del capital contra el trabajo. La “central” obtenía el trece por ciento y se quedaba con el nueve; los braceros trabajaban a medio jornal; los empleados no disfrutaban de un sueldo razonable. Era un amasijo perpetuo de dinero para tres o cuatro individuos; la actividad común consumiéndose en el bien particular; el sacrificio del trabajo de los infelices en provecho de la fortuna de los poderosos; la caña exótica desterrando al café de su región nativa; el fantoche agricultor improvisado del pueblo sustituyendo al campesino honrado y laborioso en el mando de las tierras; el desmonte destruyendo los bellos paisajes de la campiña, y aniquilando al “Viví”, que perdía con ello el tributo de agua de los manantiales serranos; la gente extraña, empleada en las obras de la “central”, imponiendo sus modas y sus costumbres; el ambiente social, cargándose cada vez más con el vaho del vicio; la prostitución progresando a sus anchas en los barrios bajos donde llegaba el sobrante de los jornales amasados con sudor, convertidos en embriaguez y lujuria...²²

Es esta cita un resumen de los efectos devastadores que según el autor ha traído el surgimiento de una economía basada en intereses foráneos que a su vez implanta nuevos valores ajenos al mundo agrícola del café. Por ello la “gente extraña que impone sus modas y costumbres” y la desvalorización del “campesino honrado y laborioso”. Todas las referencias al hombre de campo le moldean mediante epítetos que alaban sus cualidades de persona íntegra. Así, José Antonio, personaje campesino que recibe hospitalariamente a Roque cuando éste llega al pueblo y que “concebía la vida, en medio de su rudeza, para las ideas nobles”. En diversas ocasiones pinta Juliá estampas de la vida agrícola campesina con palabras de belleza y lirismo. Son, por ejemplo, escenas del arado con los bueyes, las celebraciones navideñas y las Fiestas de Reyes en las que también inserta la copla campesina y la décima. Asimismo presenta al campesino como fervoroso creyente y practicante del catolicismo, religión que defiende por encima del “diantre de protestantismo” que por exotismo, señala el autor, algunos habían abrazado.

A la central la acompañan otros cambios con los que antagoniza el autor, como la imposición del idioma inglés en letreros de advertencia para los campesinos y que leían “NO ADMITANCE”. “Pero lo que realmente chocaba”, expresa Juliá, “era que para hacer tal advertencia en lugares que no frecuentaban

²¹ Francisco Manrique Cabrera, *op.cit.*; p. 156.

²² Ramón Juliá Marín, *op. cit.*; p. 19.

más 'yanques' que los Investigadores de Rentas Internas, usaran el idioma inglés, poniendo de manifiesto el mayor servilismo y un extravagante espíritu de imitación que chocaba con la vergüenza y la seriedad de hombres que aspiraban a ser libres".²³ Otra implantación extranjera, según Juliá Marín, es la del protestantismo que incluso adquiere carácter político dividiendo las facciones que se presentan en la novela, republicanos y unionistas, en dos bandos de preferencias religiosas dispares.

La cultura y la economía del café se contraponen a las de la caña por los efectos que ésta última tiene sobre toda la población. Ante el mundo creado por la central, Juliá Marín idealiza la cultura del café cuando señala que

Los temores del señor Matos se confirmarían en todas sus partes y habría que ver entonces lo que fuera de la comarca, sacrificada por el egoísmo de los capitalistas, que no se habían detenido en destruir la riqueza positiva de todos, el café, para explotar la flamante caña por medio de trusts acaparadores, cuyos beneficios disfrutaba la compañía solamente.²⁴

"La antigua y positiva riqueza agrícola" le llama Juliá Marín idealizando también las condiciones de trabajo en las haciendas de café y evocando un mundo que el nuevo régimen ha destruido.

La nostalgia que obsede a algunos de nuestros escritores posteriores, al igual que para Juliá, se encuentra mediatizada por sus conceptos de raza, identidad nacional, patria y nación. Los símbolos o íconos que se derivan de estas percepciones se presentan en la literatura a la luz de las interpretaciones que estos escritores sostienen en torno a la historia y a la cultura. Juliá construye una arcadia del mundo cafetalero que valida a través de sus descripciones de la tierra a tono con el telurismo que se desarrolla en esos años en poetas como Virgilio Dávila. La figura del jíbaro, que ya en el siglo pasado había presentado Manuel Alonso y cuyo mundo campesino "aparece como una arcaica sociedad idílica"²⁵ sigue siendo utilizada por el autor utuadeño que alaba la ingenuidad del campesino y sus bondades. Esta utilización del jíbaro o campesino se produce aún en la modernidad del discurso populista de la década del cuarenta, comenta Arcadio Díaz Quiñones en *La memoria rota*, lo que tiene su explicación en el hecho de que éste forma parte del imaginario de la clase señorial desplazada compuesta por hacendados de café y más tarde por los descendientes de los mismos.²⁶ El concepto de identidad nacional gira por ello en torno a los valores de la clase hegemónica que se ha apropiado de la figura del

²³ *Ibíd.*; p. 31.

²⁴ *Ibíd.*; p. 29.

²⁵ Iris Zavala, "Puerto Rico Siglo XIX: Literatura y sociedad", *Sin Nombre*, abril - junio 1977, VIII, núm. 1; p. 12.

²⁶ Arcadio Díaz Quiñones, Prólogo al libro *El prejuicio racial en Puerto Rico*, Tomás Blanco, Río Piedras, Puerto Rico, Ediciones Huracán, 1985.

jíbaro al que se presenta de forma utópica. José Juan Beauchamp²⁷ no se equivoca al señalar que en la literatura que presta loas al mundo cafetalero se silencia la dura explotación a que los trabajadores eran sometidos presentando un perfil escueto y sin complejidades de sus condiciones de vida y de las relaciones laborales. A tono con la concepción de mundo del sector patriarcal, Juliá describe el paisaje de la zona de forma poética, asemejándose en esto a su maestro literario Zeno Gandía:

En mitad de la estación de otoño, inclinaron los cafetos su deshojado varillaje, abrumados por la excesiva carga de los granos maduros, rojos como guindas, que interrumpían la verde monotonía del paisaje. Con el cesto al hombro, alegres mozos de ambos sexos hacían la recolección. Y la campiña como que se alegraba en medio de aquella algazara de voces, sonora en el eco melancólico de las frondas pobladas de gorjeos y las oquedades sembradas de chirridos. Cantaba la vida uno como himno de felicidad en honor a la tierra madre que así demostraba su prodigalidad con tan buenas cosechas capaces de iniciar nuevamente el resurgimiento de la muerta riqueza agrícola.²⁸

Estilísticamente el texto novelístico de Juliá Marín se basa en oposiciones que acompañan a la oposición temática y económica caña/café. Mientras las descripciones de la central corresponden al interés naturalista por lo escabroso y lo sórdido, las del campo obedecen a otra estética.²⁹ Debemos recordar que Juliá Marín fue inicialmente poeta y en su obra vemos el eco de su afán juvenil:

El sol de las ocho desparramaba su luz amarilla, de un amarillo pálido: el cielo era azul, de un azul esfumado, interrumpido en oriente por nubes algodónadas de un blanco plata, brillante. En la arboleda de la plaza titilaban todavía con brillo diamantino las perlas de rocío. Era una fresca mañana dominguera, con mucha luz, mucha gente y mucha alegría.³⁰

Estas descripciones del paisaje son también un rasgo de la novela testimonial, observa Fernando Alegría, que entronca con el realismo español del siglo XIX “sin quedarse en un pintoresquismo estático sino explorando conflictos

²⁷ “La literatura de la crisis social y cultural de la identidad nacional puertorriqueña(1925-1949): un ensayo de apertura”.(Parte I y II). En: *22 conferencias de literatura puertorriqueña*. Edgar Martínez Masdeu, editor, San Juan, Puerto Rico, Ateneo Puertorriqueño; pp. 294-369.

²⁸ Ramón Juliá Marín, *op.cit.*; p. 151.

²⁹ Para un análisis estilístico pormenorizado de la *La gleba* puede verse la tesis de Francisco Maldonado titulada *Ramón Juliá Marín*, Universidad de Puerto Rico, mayo de 1965, 242 p. En ésta se estudia la adjetivación, la incorporación de palabras inglesas y el léxico de origen campesino, entre otros aspectos. En este trabajo nos ha interesado más destacar la complejidad ideológica de la obra y como la estética se encuentra en función de la oposición caña/café y sus respectivos mundos. A pesar de que Maldonado expone la lucha entre ambas economías, cañera y cafetalera, no profundiza en la relación entre el imaginario cafetalero, clase obrera, economía y valores de la burguesía señorial y otros conceptos vinculados al de la identidad nacional.

³⁰ Ramón Juliá Marín, *op.cit.*; pp. 37-38.

sociales e intelectuales".³¹ La visión idealizada que ofrece el autor crea un continuo contraste con las imágenes con que describe la central cañera a la que llama "terrible pulpo":

Las mil raras complicaciones en la imponente maquinaria de una "central" constituyen una maravilla. Ven los ojos lo que el entendimiento no se explica. La mente se esfuerza en escudriñar ese monstruoso aborto de las matemáticas. El ruido de los cilindros, de los engranajes, de las poleas y de los escapes, formado por cien distintos sonidos, que se amalgaman en el confuso torbellino del tumultuoso rodaje en movimiento, produce la alegría de un himno y el temor de una tempestad. Admiración y terror poseen al alma.³²

A través de descripciones detalladas de la central el autor presenta de forma imponente la maquinaria empleada, lo que contrasta con la sencillez de la que se utilizaba en las haciendas de café. La siembra de caña en territorios escarpados en los que se acostumbraba a cosechar café violenta hasta la fisonomía misma de la zona. Así sucedió en la realidad en el pueblo de Utuado y de esta manera lo describe Juliá:

Había llegado a Caniaco y admiraba la obra más colosal de la difícil carretera que cruza la isla de norte a sur como un signo de progreso y de riqueza. Arriba el peñón gris, cortado en talud, amenazante, sombrío, a trechos agrietado, mostrando todavía los intersticios que produjeran en sus entrañas los barrenos, la dinamita ahogada, que al tronar le abría el corazón.³³

A los cambios en la propia naturaleza y el despiadado afán con que fueron tomadas las tierras puertorriqueñas se unen las infames condiciones de trabajo que describe Juliá de forma naturalista:

Enterados los habitantes de que algo muy grave ocurría en la "central" se dirigieron hacia allá, presenciando al llegar uno de los más dolorosos siniestros. Una velocidad loca se había iniciado en la centrifugadora. El mecánico, al notarlo, acudió a evitar la catástrofe. Pero ya era tarde: las volantas, destrozadas por la presión del aire, volaban en multitud de pesados fragmentos, agujereando el techo y las paredes los que encontraron campo expedito; los otros llovieron sobre el infeliz mecánico, mutilándolo horriblemente. El cráneo, como si hubiera sido cortado a serrucho, fue a caer al piso de los tachos; abajo se encontró un montón de pingajos sanguinolentos, tronchados, magullados, triturados.³⁴

La vida en la gleba se acerca a la descripción que hace Zeno Gandía del mundo cafetalero. Las pasiones, la bestialización de las relaciones entre hombre y mujer, el terrible trato a que estaba sometida la mujer campesina, preocupa-

³¹ Fernando Alegría, *op. cit.*; p. 89.

³² Ramón Juliá Marín, *op. cit.*; p. 47.

³³ *Ibíd.*; p. 5.

³⁴ *Ibíd.*; pp. 47-48.

ción de Salvador Brau durante el siglo pasado, la carencia económica y el embrutecimiento se presentan mediante personajes que constituyen representaciones de los males que Juliá quiere destacar, con la excepción de Matos, Hermida, líder unionista, y Castaing, líder republicano, de quienes somete un perfil psicológico de mayor profundidad. La gleba está estancada en la miseria, sometida al poderío de unos pocos y sus habitantes enajenados, incapaces de romper con los vínculos de la explotación:

Eran así. En vano hubiera sido tratar de arrancarlos de aquella triste servidumbre. Infelices bestias de carga, llevaban dentro de sí la resignación de aquella vida inhumana, como herencia atávica de los primitivos, que el progreso había respetado, impotente para destruirla.

Era la gleba, la gleba cambiando de dueño, atada siempre a los dominios, más que como una esclavitud moral, como una esclavitud de carne, que se cotizaba como el jornal diario, los treinta centavos oro con que vestía y comía toda una familia.³⁵

En ella sobresale por su pureza Flor de María, de quien Roque se enamora silenciosamente y quien había sido seducida por Luis, un rico del pueblo. A ésta le dedica Juliá una descripción de delicado erotismo, distinta en este sentido a las que según Luis Alberto Sánchez³⁶ se cultiva en otras novelas naturalistas de Hispanoamérica:

En tanto Flor de María continuaba en esa posición de abandono en que tanto resalta la belleza femenina, semejante a las estatuas rotas de los viejos museos. El sol penetraba por los agujeros de la techumbre, cubriéndola de laminas opacas que se movían lentamente al jadeo de su suave respiración. Tenía los brazos echados hacia arriba, dejando ver el finísimo vello de un castaño suave que poblaba la parte inferior del nacimiento, a lado y lado del arranque de los senos, que erectos, mostraban su tentadora fragancia semejando dos rosas en capullo. Como por un secreto pudor que no había logrado desterrar el sueño, tenía cruzadas las piernas de manera que pareciera más perfecta la correctísima curva de sus caderas. Una leve y dulce sonrisa, como si hubiese estado en aquellos momentos bajo la sensación de los más puros sueños de felicidad, vagaba de vez en cuando por sus frescos labios de amapola para enseñar los blanquísimos y diminutos dientes que parecían finísimas perlas. (...)

Era un éxtasis supremo de la belleza inconsciente, o un capricho tal vez de la misma belleza enamorada de sí ante aquella creación perfectísima, escondida entre la podredumbre de la barriada, donde a falta de perfumes riquísimos de poesía había mucho egoísmo y mayor miseria.³⁷

Como Silvina en *La charca*, Flor de María proviene de una familia en la que se producen relaciones de violencia y en la que su madre ofrece un bajo

³⁵ *Ibíd.*; p. 121.

³⁶ Luis Alberto Sánchez, *Proceso y contenido de la novela hispanoamericana*, Madrid, Editorial Gredos, 1968; pp. 244-245.

³⁷ Ramón Juliá Marín, *op.cit.*; pp. 71-72.

retrato moral. Al igual que Silvina, acaba destruyéndose, en este caso moralmente, y asimilándose a su ambiente.

El discurso patriarcal e hispanista que pone Juliá en boca de Matos, en defensa del imaginario agrícola cafetalero y ante la degeneración de la gleba, se repite en la ensayística de escritores y políticos como José de Diego al cual menciona atribuyéndole “un discurso impirao en los sublimes prencipios de la unión, que representan la disnidá y la velgüensa puertorriqueñas” y revela de esta manera sus preferencias políticas. Este discurso hispanista para el cual la identidad puertorriqueña “era una identidad esencialmente hispánica, blanca y católica, vale decir, identidad criolla con marcada prescindencia del elemento africano como factor determinante”,³⁸ lo repiten Antonio S. Pedreira y Tomás Blanco en la década del treinta. “Nos han usurpado la personalidad”, son las palabras de uno de los personajes de *La gleba* que muy bien pueden ponerse en boca de los ensayistas citados. Pero, cabe preguntar, ¿cuál personalidad y a qué identidad se refiere Juliá?

No es fácil, a nuestro juicio, responder a esta pregunta de manera categórica y sin matizaciones puesto que la experiencia del autor en el sector obrero le ha identificado con una clase social a la que ve explotada, reprimida por las empresas capitalistas y los políticos locales, más traicionada por sus líderes. “Se ordenó a los capataces”, nos dice Juliá, no colocar a ningún obrero que siguiera las prédicas de los agitadores socialistas”,³⁹ lo que comprueba la dureza de la represión contra el movimiento obrero organizado. También protesta contra la utilización de la clase trabajadora de parte de los mismos que decían defender sus intereses:

Tanto de emancipación económica, y de redención social, y de burguesía y de explotación, y de injusticias y de derechos conculcados, y de uniones ¡y cuántas cosas más! y los “leaders” en consorcio con los capitalistas, haciendo propaganda a favor del partido que despojaba a Hermida del gobierno municipal.⁴⁰

Juliá observa contradicciones en la clase obrera de la época que la historiografía puertorriqueña explica como una respuesta de la misma ante la defensa de los intereses de clase de los hacendados que no necesariamente eran defensores de la clase obrera y que anteriormente mantenían al campesinado en situación de indigencia. Gervasio García y Ángel Quintero Rivera⁴¹ evidencian en su historia del movimiento obrero los vínculos de las entidades sindicales

³⁸ José Luis González, “Literatura e identidad nacional en Puerto Rico”, En: *Puerto Rico: Identidad nacional y clases sociales*, Ángel Quintero Rivera, José Luis González, Ricardo Campos, Juan Flores, Río Piedras, Puerto Rico, Ediciones Huracán; p. 72.

³⁹ Juliá Marín, *op.cit.*; p. 55.

⁴⁰ *Ibíd.*; p. 54.

⁴¹ *Desafío y solidaridad. Breve historia del movimiento obrero puertorriqueño*. Río Piedras, Puerto Rico, Editorial Huracán, 1997.

de comienzos de siglo con organizaciones norteamericanas. Es posible que Juliá Marín viera en ello una alianza con la cultura extranjera y por esta razón asumiera una postura tan crítica hacia los líderes de las uniones: “¿Qué era la Federación Libre del Trabajo? y ¿qué la Regional? Pues dos organismos sometidos al capital y a la política.” Como antes señalamos, el autor ve en el régimen político la causa de los males de la clase obrera, mientras que el movimiento obrero de esos años tenía intereses económicos que le impedían comprender a cabalidad la situación política, entre otras razones por las posturas conservadoras y antiobreras de algunos de los líderes que defendían la independencia de Puerto Rico. Lo que Juliá presenta como oportunismo del liderato obrero no lo fue siempre ya que algunas de sus posiciones se derivaron de los antagonismos con la antigua clase hegemónica.

El autor opone a estas luchas la evocación, la nostalgia por un tiempo de “gran familia” sobre el que la memoria patriarcal guarda silencio.

—¿Te acuerdas, López, de cuando tenías una tienda riquísima? —continuó Matos, variando el tema de la conversación para no cansar a su amigo. Entonces yo también manejaba mucho dinero y te hacía buenas compras. ¿Eh? ¡Qué buena vida nos dábamos! Eso sí; también trabajábamos mucho y nuestras ganancias se repartían, como las de los demás ricos de la comarca, entre la gente de trabajo. Entonces no había tanto progreso como ahora; se vivía de una manera más sencilla, pero no nos hacían falta ni automóviles ni carreteras, porque teníamos dinero para vencer todas las dificultades.⁴²

Con estas palabras contribuye Juliá a mitificar las bondades de la burguesía cafetalera, mas no por ello dejan de ser válidos sus planteamientos ante el despojo de las tierras puertorriqueñas, que tantos historiadores han corroborado, ni pierde valor su retrato de la explotación a que estaba sometido el trabajador de la caña. La respuesta ante este estado de cosas es la vuelta al pasado, pero ninguno de los líderes presentados por el autor sostiene un proyecto articulado para la clase trabajadora que no sea un redentorismo abstracto. Así Hermida y López, a quienes retrata como hombres íntegros, unionistas entregados a la causa del pueblo, muestran ese afán de redención de la gleba al final de la novela. Sin embargo, su anhelo ha sido detener la falsa modernización y retornar al pasado. Las palabras de José Luis González sobre el telurismo como respuesta literaria de la elite puertorriqueña, y añadimos como propuesta económica y de identidad nacional, resultan muy apropiadas para entender los planteamientos ideológicos del autor de *La gleba*. Ese telurismo respondió,

no a una desinteresada y lírica sensibilidad conmovida por las bellezas de nuestro paisaje tropical, sino a una añoranza muy concreta y muy histórica de la tierra perdida, sino como medio de producción material cuya propiedad pasó a manos extrañas.⁴³

⁴² Juliá Marín, *op.cit.*; p. 22.

⁴³ José Luis González, *El país de cuatro pisos*, Río Piedras, Puerto Rico, Ediciones Huracán, 1989; p. 33.

Es importante destacar, para entender la ideología de Juliá Marín en la obra, que los diálogos semejantes a los de Juan de Salto, Padre Esteban y el doctor Pintado en la citada obra de Zeno Gandía se reproducen en *La gleba* entre Matos, exhacendado, y López, excomerciante, pero también con elementos de distinta extracción social. Recordemos que *La charca* se publica en 1894, antes de la invasión norteamericana. López, ex-comerciante y heredero político e intelectual de Matos una vez éste muere, no tiene reparos en visitar al herrero Juan Toledo en el arrabal e invitar a Matos a disfrutar de una noche de tertulia, lo que demuestra una movilidad social distinta. Son tres desplazados por el nuevo orden: el hacendado de café, el comerciante y el trabajador que se sientan a dialogar en armoniosa complicidad masculina y en alianza política con el sector popular.⁴⁴

Como señala Arcadio Díaz Quiñones, el tema de la identidad nacional "no es materia que se preste fácilmente a la apacible exposición teórica de una tesis".⁴⁵ Sin embargo, nos parece que en *La gleba* prevalece el paternalismo de la clase señorial que busca redimir a la clase obrera y que evoca una utopía inexistente a pesar de que la conciencia obrera de Juliá Marín, por sus propias vivencias, nos luzca más desarrollada que la del escritor y político José de Diego a quien algunos han criticado por sus posiciones contradictorias ante la clase trabajadora.

Juliá suprime la presencia del elemento negro, que por lo regular se encuentra mayormente en la zona costera, al igual que otros novelistas puertorriqueños. Debemos recordar que no es hasta que se produce la propuesta palesiana de una poesía afroantillana y con ella de una identidad mulata y caribeña, que se rompe con los esquemas ideológicos de la burguesía señorial cafetalera en la literatura puertorriqueña. Es Palés Matos, años más tarde, quien se separa de la ideología de la nostalgia de los descendientes de la burguesía criolla desplazada. Éste presenta una interpretación afroantillana de la cultura que no se encuentra en la literatura ensayística y narrativa anterior a sus escritos.

La identidad nacional se asume en la obra desde la perspectiva, como ya señalamos, de la burguesía criolla y los símbolos de su mundo. Sin embargo, ya se vislumbra el germen de otra concepción en esa clase trabajadora que hace sentir su presencia a través de toda la narración. El autor de *La gleba*, no empece la simplificación de las relaciones laborales en el mundo cafetalero, tiene el mérito de presentar el trasfondo de las luchas obreras, los reclamos de la clase trabajadora, la ebullición de las ideas socialistas que se discutían para

⁴⁴ No queremos simplificar las relaciones sociales de la época dividiendo las clases sociales en hacendados y trabajadores. Picó señala en un importante ensayo para el entendimiento del mundo cafetalero que en el siglo XIX existía un importante núcleo de pequeños y medianos productores, lo que le añade complejidad al análisis ideológico de la novela. Debe verse su libro *Amargo café* publicado por la Editorial Huracán en 1985. Ciertamente los cambios propulsados por la invasión crearon nuevas alianzas entre diversos sectores que Zeno Gandía no podía presentar en su obra *La charca*.

⁴⁵ Prólogo al libro *Puerto Rico: Identidad nacional y clases sociales* anteriormente citado; p. 7.

aquella época y los antagonismos suscitados en el seno de las agrupaciones sindicales, así como el clamor por la justicia social de parte del pueblo. El asumir una identidad hispana y católica no implica necesariamente una posición recalcitrante o conservadora ya que el protestantismo fue utilizado como instrumento de aculturación, razón por la que Juliá lo identifica con el partido de Castaing, favorecedor de la anexión para Puerto Rico.

Uno de los logros de Juliá es que se aparta de Zeno Gandía en su interpretación más social que biológica de los males que aquejaban al país, aunque menciona las enfermedades que padecía el campesino, tales como la malaria, la tuberculosis y el tifus. Esta novela es, además, un antirretrato del que habían hecho algunos norteamericanos durante la primera década de dominación en la que se publicaron libros que recogían textos y fotografías del Puerto Rico de esos años. Ante la acusación de primitivismo de esos textos que auscultaron y ocultaron nuestra realidad y la presentación de un puertorriqueño Calibán, surge la obra de Juliá como testimonio elocuente de la usurpación del territorio puertorriqueño por latifundistas extranjeros que escondían sus intereses alegando un proyecto civilizador y como respuesta del "otro" que descubre en sus diferencias su propia valía. No hay duda, estas "letras de emergencia" tienen bien ganado su espacio en la literatura puertorriqueña.

Carmen Centeno Añeses
Universidad de Puerto Rico
Colegio Universitario de Bayamón